

LA SEGUNDA EDICIÓN DE LA *HISTORIA DE LOS
HETERODOXOS*. EVALUACIÓN DESDE LA
ARQUEOLOGÍA

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY

La primera edición de la *Historia de los Heterodoxos Españoles (HHE)*, aunque llegaba a 4.000 ejemplares, cifra entonces inusual en este tipo de obras, se agotó pronto. Menéndez Pelayo (MP) no volvió a publicar una segunda hasta 1911, pocos meses antes de su muerte, pese a la insistente demanda por parte del público.

De esta segunda edición tan sólo llegó a salir realmente el primer tomo, dedicado al mundo de la Prehistoria.¹ Sobre este volumen, relativamente poco conocido, queremos ahora hacer algunos comentarios y reflexiones, dedicados en este caso a nuestro entrañable y admirado amigo Don Manuel Revuelta, que tanto ha hecho a lo largo de su vida profesional por profundizar en el conocimiento de MP, principalmente a través de la ingente obra que supone la publicación completa de su Epistolario, del que, como el lector comprobará, nosotros nos hemos servido ampliamente para la investigación que constituye el tema del presente artículo.

¹ M. Menéndez Pelayo. *HHE*, 2.^a ed., Madrid: Librería Victoriano Suárez, 1911, 509 pp.

1.—CIRCUNSTANCIAS DE SU APARICIÓN

Aunque la *HHE* no es la más importante de las obras de MP, sí ha sido la más conocida no sólo ahora, sino también en vida de su autor. En ello ha debido de influir, sin duda, tanto el propio asunto, que siempre suscita interés, como su inevitable carácter polémico al tratar de enjuiciar hechos y, sobre todo, personas. El propio MP protesta contra esta fama desmedida en la presentación al volumen que ahora comentamos: «Han sido frecuentes las instancias que de palabra y por escrito se me han hecho para que consintiese en la reproducción de esta obra, que era de todas las mías la más solicitada, aunque no sea ciertamente la que estimo más».² Resulta, pues, que existía en la España intelectual de principios de siglo una expectación por ver nuevamente editada la *HHE* y de ello dan testimonio cumplido las numerosas referencias a este tema que aparecen en el *Epistolario*.³

Aunque la idea de una inmediata edición venía siendo ya considerada muy seriamente por su autor al menos desde 1908 (XIX, 477), hasta 1910 MP no acometió la empresa, incluyéndola dentro de un plan general de publicación de sus «Obras Completas» por la editorial de Victoriano Suárez; sus dos primeros volúmenes serían este primer tomo y el de la *Historia de la Poesía Hispano-Americana*.

En junio de 1910, antes de su viaje estival a Santander, ya estaba en Madrid MP trabajando en la reelaboración del primer tomo de los Heterodoxos, obra que «va muy aumentada y corregida con los descubrimientos de estos últimos años» (XXI, 26). Esperaba que para principios del año siguiente habría ya de estar publicada.

² M. Menéndez Pelayo. *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Edición Nacional, Santander, 1948, p. 1. Citamos habitualmente por esta edición (*EN*, volumen y página) por ser la de manejo más fácil para el lector.

³ M. Menéndez Pelayo. *Epistolario*, ed. de M. Revuelta Sañudo, Madrid: F.U.E., 1982-1991, XXII (índices), p. 418, donde se consignan las referencias. En adelante citamos en el texto volumen y página.

Todo ese año lo dedicó preferentemente a esta tarea, de tal manera que en diciembre, estando de nuevo en Santander de vacaciones, continuaba «sin interrupción, pero algo despacio, porque es mucho lo que añadido en el primer tomo» (XXI, 211). Para entonces tenía ya entregado en la imprenta una buena parte del trabajo. Era Adolfo Bonilla San Martín quien llevaba a su cargo la corrección de pruebas y el cuidado de pasárselas a la entonces primera figura de la Prehistoria española, el Dr. A. Antón Ferrándiz, catedrático de Antropología y Prehistoria en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, quien ponía en ellas su «visto bueno». Estaba asombrado, según decía Bonilla, pues «no solamente no halla nada defectuoso, sino que es el tratado más completo y científico que habrá de antigüedades prehistóricas españolas; y que él mismo está aprendiendo en él cosas que no sabía» (XXI, 244).

Sorprende, sin embargo, que, a partir de entonces, el ritmo se hiciera muy lento a lo largo de todo el año 1911, pues en diciembre de este año, cuando MP se halla de nuevo en Santander para pasar las navidades, aún faltaban por redactar las cien últimas páginas, que él quería concluir en casa durante esas fiestas (XXII, 543). Probablemente la publicación de la Historia de la Poesía Hispano-Americana, que entonces estaba ya en la imprenta en fase de encuadernación, y otros trabajos y compromisos fueron la causa que impuso tal tregua en la ímproba labor que estaba suponiendo la confección de este primer tomo que comentamos.

A pesar de ello, en julio de 1911, de vacaciones en Santander, seguía trabajando en la obra (XXI, 435) y en septiembre la imprenta tenía ya en pruebas toda la parte hasta entonces compuesta (XXI, 460). Pero, como hemos dicho, es en diciembre cuando nos consta una dedicación más plena al trabajo de redacción de la última parte; para el 30 de diciembre ya estaban impresas 384 páginas (XXI, 568) de las 509 que iban a completar la obra terminada.

En enero de 1912 continuó «enfrascado» —son sus palabras— en esta laboriosa edición (XXII, 9). Por fin, el 8 de febrero había dado por concluida la labor (XXII, 544) y el 1

de marzo estaba ya publicada la obra, ya que en esa fecha Menéndez Pidal escribe a su maestro Don Marcelino diciéndole que la edición ha resultado todo «un acontecimiento» (XXII, 52). El libro debió salir, pues, en el mes de febrero de 1912, a pesar de que el pie de imprenta es de 1911 y de que la introducción o «Advertencias preliminares» aparecen fechadas en julio de 1910.

Menéndez Pelayo, muy enfermo, no había vuelto a Madrid aquel año después de las vacaciones de Navidad. La muerte, como se sabe, le iba a sorprender el 19 de mayo, poco más o menos dos meses después de aparecer su libro. La última carta de su extensísimo epistolario, tres días antes de morir y quizá con la mente aún divagando por el mundo de la Prehistoria, iba a ir dirigida a uno de los arqueólogos más conocidos de su tiempo, el Marqués de Cerralbo, para felicitarle por haber recibido el premio Martorell de Barcelona (XXII, 129). Rodríguez Marín afirma que el colosal esfuerzo desarrollado por el maestro para publicar esta obra ha sido una de las causas de su enfermedad. «No dude Vd. que el quebranto de su salud se ha debido principalmente a la enormidad del trabajo en que le empeñó la redacción del tomo primero de los *Heterodoxos*», le escribe unos días antes de su muerte (XXII, 124), impresión que corrobora Enrique Sánchez Reyes en su biografía: «El esfuerzo inaudito que hubo de hacer para escribir este tomo, fue tal vez una de las causas que agravaron su dolencia».⁴

Resulta, pues, de todo el acopio de datos y citas aludidas, que este primer tomo de la segunda edición de la *HHE* fue una obra muy trabajada por el autor, en la cual invirtió dos años. Fue escrita preferentemente en Santander durante las distintas épocas de vacaciones del autor que, como se sabe, tendían a prolongarse todo lo posible, especialmente en aquellos últimos años de su vida.

⁴ E. Sánchez Reyes. *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas*, Santander 1956, pp. 308-309.

2.—COMENTARIOS A LA OBRA

MP se tomó muy en serio esta tarea. La primera edición estaba compuesta de tres «libros», que iban desde los tiempos anteriores al cristianismo hasta el Renacimiento. La parte dedicada al período pre-cristiano llevaba el título de *Preliminares* y comprendía solamente seis páginas dedicadas a las religiones primitivas de España, donde se trataba también de sintetizar los conocimientos disponibles acerca de las gentes hispánicas anteriores a la conquista romana.

En la nueva concepción de la obra estos Preliminares iban a ser ampliados y puestos al día, hasta convertirse solamente ellos en un tomo de nada menos que 509 páginas. Su autor, que ahora lo llama *Prolegómenos*, dirá, casi sin darle importancia, en una simple nota de pie de página: «Este trabajo es enteramente nuevo. De las cuatro páginas que en la primera edición dediqué a este asunto, ya atrasadas y pobres cuando se publicaron, apenas he podido conservar algunas frases».⁵

Para realizar esta enorme labor de multiplicar por cien cada página, MP, con la seriedad científica que le caracterizaba, dedicó largas horas a la lectura de libros y revistas sobre temas, la mayor parte de los cuales no eran de su especialidad. Cuando apareció la obra, estaba rigurosamente «al día» por lo que se refiere a los temas de prehistoria y arqueología, pudiendo comprobarse que hay citas de libros y revistas extranjeras del año anterior a la fecha que figura en la Introducción.

Don Marcelino, viviendo en Madrid y siendo director de la Biblioteca Nacional, tenía ocasión de consultar la mejor bibliografía. Pero lo interesante del caso es que, como hemos podido comprobar, no se dio por satisfecho con ello, sino que adquirió la mayor parte de todas esas obras para su biblioteca particular de Santander, lo que prueba no sólo su meticulosidad científica y, si se quiere, su comodidad para el

⁵ *HHE, EN, XLII, 7, nota 1.*

trabajo, sino el aprecio que llegó a sentir por estos temas, ya que, como es bien sabido, su biblioteca era una especie de «coto cerrado», donde sólo entraban los libros que respondían a su interés y su estima. Téngase en cuenta que la adquisición de todos esos volúmenes, muchos de ellos franceses, tuvo que suponerle un considerable gasto económico.

Hemos ido cotejando las citas bibliográficas del libro con el fichero de la Biblioteca y nuestro pasmo ha sido grande al comprobar que la inmensa mayoría de tales obras, sobre todo las más modernas, habían sido adquiridas por el Maestro. Y no solamente eso, sino que, de esos mismos autores, figuran en la biblioteca otros libros que no fueron citados en la obra, acaso por razones de brevedad y para evitar hacerla excesivamente farragosa. No nos resistimos a consignar aquí algunos nombres significativos: por ejemplo, la obra clásica de E. Cartailhac, *Les Ages Préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París 1886; la monumental de E. Cartailhac y H. Breuil, *La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander (Espagne)*, Mónaco 1906, el famosísimo libro de J. Dechelette, *Manuel d'Archéologie Préhistorique*, 2 tomos, París 1908, que en el texto de los *Heterodoxos* es calificado de «excelente», o la obra de J. Toutain, *Etudes de Mythologie et d'Histoire des religions antiques*, París 1909, que MP valora designándola como «preciosos estudios». Y así, tantos y tantos otros manuales y monografías que aquí evidentemente no podemos citar. Hasta tal punto, que estamos en condiciones de afirmar que la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander resulta ser hoy en día una de las mejores bibliotecas de España para temas de Prehistoria y Arqueología en lo que se refiere a trabajos anteriores a 1912.

Pero pasemos al contenido de la obra. Está dividida en sólo dos grandes capítulos, cada uno de los cuales va precedido de un extenso guión con los temas que en ellos se contienen. Pese a esto, la lectura y, sobre todo, la búsqueda de temas concretos resulta a veces un tanto difícil por falta de subtítulos. A estos capítulos, que forman el cuerpo principal de la obra, les preceden las interesantísimas «Advertencias

Preliminares», que justifican la nueva edición de los *Heterodoxos* y a las que haremos referencia más adelante, y el «Discurso Preliminar a la Primera Edición» sobre el tema de la obra en su conjunto, que se halla ahora enriquecido con nuevas notas a pie de página. En total resultan 99 páginas, mientras que el resto hasta 509 se dedica en exclusiva al tema de las religiones de la España Primitiva, dividido en esos dos capítulos, a que hemos hecho alusión, con un mismo número aproximado de páginas cada uno.

El primero está dedicado a la Prehistoria propiamente dicha. Comienza vindicando la independencia de la Prehistoria como tal y desligándola del mundo de las «tradiciones célticas», tan del gusto del siglo XIX. Pasa al estudio del arte paleolítico y a los problemas de su interpretación, sobre todo con vistas al desvelamiento de las ideas religiosas del hombre primitivo. Después se adentra en el mundo neolítico, pasando revista a los distintos hallazgos, sobre todo, de Andalucía y Portugal, deteniéndose principalmente en las pinturas rupestres esquemáticas y en las sepulturas por su vinculación con la religión. Dedicar un espacio importante a las construcciones megalíticas. Pasa a continuación a la Edad del Bronce, estudiando de manera preferente los yacimientos del sudeste español, pero también las antigüedades de Galicia, Baleares y, sobre todo, Canarias, recopilando lo que se sabía sobre los guanches, tema este que ocupa un espacio considerable en la obra.

El segundo capítulo se refiere ya a los tiempos históricos, es decir, a las creencias, ritos y supersticiones de las tribus ibéricas, manejando con soltura y familiaridad las fuentes clásicas, pero también la arqueología, epigrafía y numismática.

Es evidente que no podemos aquí ni siquiera copiar en toda su extensión los guiones que preceden a la exposición de ambos capítulos. Por otra parte, sería inútil repetir lo que está al alcance de cualquiera que se tome la simple molestia de hojear la obra.

Sí creemos, en cambio, que será más útil tratar de valorar la obra no sólo desde el punto de vista del momento his-

tórico en que se escribe, sino también desde nuestra perspectiva actual, señalando qué es lo que aún sigue teniendo vigencia y dónde reside su mayor interés actual.

Ya hemos dicho, aduciendo el testimonio del Dr. Antón, que la obra en su día fue la más completa o, por mejor decir, la única en castellano que reunía entonces el resultado de las investigaciones prehistóricas y también de los testimonios histórico-arqueológicos sobre la mentalidad religiosa en sus distintas y variadas facetas, tanto del hombre prehistórico en España, como de los primitivos hispanos de que habla la Protohistoria. Pero hay ciertos aspectos, que por ser más afines a las disciplinas cultivadas a lo largo de su vida por MP, representan una aportación más personal, con carácter original y, por tanto, con una supervivencia mayor en el cambiante mundo de la investigación de las ciencias históricas.

En este sentido hemos de destacar la parte que se refiere a la historia de la Prehistoria Española, especialmente a sus orígenes y precedentes ya desde los siglos XVI y XVII, para culminar en la eclosión, ahora ya verdaderamente científica, de mediados del siglo XIX. La persona interesada en estos temas sigue teniendo hoy que recurrir básicamente a la obra de MP.

Otro apartado importante, al que ya hemos aludido, es el estudio de los guanches de Canarias, donde MP ha manejado la documentación histórica que se remonta a la conquista española de las islas en el siglo XV. A este respecto creemos que siguen teniendo vigencia las palabras que le dirigió el erudito de Las Palmas, Prudencio Morales, pocos días antes de la muerte del Maestro: «El estudio es completo, acabado, la última palabra sobre materia aún necesitada de mayores esclarecimientos... Era ya hora de que el tesoro de las antigüedades de nuestras viejas Afortunadas recibiera el beneficio de una erudición inteligente y vasta como la de Vd.» (XXII, 127-128).

Especial relieve adquiere la última parte del volumen, en la que se refiere al expurgo de textos greco-latinos,

que constituía ciertamente una de las mayores aficiones de Menéndez Pelayo, y para lo que contaba con una base bibliográfica de extraordinario valor en las colecciones de textos que posee su biblioteca. No solamente quien quiera retomar el tema deberá acudir a esta obra, sino que además hallará en ella otro aspecto que no se encuentra en ninguna otra: la historia de las interpretaciones de dichos textos clásicos en España.

A lo largo de las páginas de toda la obra hay numerosos aspectos, noticias y consideraciones que suscitan interés y que siguen constituyendo actualidad. Hemos querido señalar aquí tan sólo algunos de los que más nos han llamado la atención, sin ánimo de restringir los temas y, menos aún, de quererlos abarcar todos.

3.—SU ACOGIDA EN LOS MEDIOS CIENTÍFICOS

Vamos a presentar ahora uno de los aspectos más decepcionantes en torno al tema que venimos tratando: el destino final sufrido por el primer tomo de la *HHE*. Después de haber leído todo cuanto hasta ahora hemos ido exponiendo, parecería que la obra debiera haber cosechado un éxito rotundo en los medios intelectuales de la España de entonces. Nada más lejos de la realidad. Sobre ella —sin aparente explicación— vino a depositarse prácticamente el velo del silencio, y esta incomprensible situación ha perdurado a lo largo de todo el siglo XX.

La verdad es que en el mundo literario de la España de principios de siglo el tema de la Prehistoria no suscitaba demasiado interés. Esta nueva ciencia aún no se había incorporado a la formación universitaria de los hombres de letras de aquella época y, en consecuencia, era prácticamente desconocida, cuando no acogida con reservas y sospechas. La postura que después asumiría un intelectual como Ortega y Gasset, quien por entonces comenzaba a darse a conocer, de

aprecio y aceptación cultural del mundo de la Prehistoria, era totalmente excepcional.

Aún eran normales reacciones tan pintorescas como la que aparece reflejada en una carta dirigida al propio Menéndez Pelayo treinta años antes, si bien en este caso la actitud de rechazo hacia la Prehistoria se mezclaba también con un integrismo reaccionario. Un clérigo erudito de Sevilla, Cayetano Fernández Cabello, sugería a Don Marcelino que en su discurso de ingreso en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino escogiera como tema «uno en que pueda fajar contra la llamada Ciencia Prehistórica, porque la tengo odio y mala voluntad y quisiera verla impugnada por Vd.» (IV, 394). Menéndez Pelayo, ya entonces cauto en sus decisiones intelectuales, le contesta con fecha 20 de diciembre de 1880: «De la ciencia prehistórica sé harto poco. Como siempre la tuve por farándula, apenas he leído nada, ni de sus apologistas, ni de sus detractores. De mejor gana tomaría yo algún tema de historia...» (IV, 421). El apelativo de «farándula» para la Prehistoria haría avergonzarse al MP de 1911, pero hay que tener en cuenta que —como él mismo dice— le era un tema completamente ajeno, y, por otra parte, hay que reconocer que la **Prehistoria de 1880 tampoco había adquirido la importancia y el prestigio** que tendría treinta años después, ni, por supuesto, la mentalidad y apertura de Don Marcelino eran iguales al escribir los Heterodoxos en su primera edición, que cuando logró al fin publicar el primer tomo de su segunda edición, con toda una vida de plenitud intelectual por medio.

Parece, sin embargo, que la obra debería haber tenido un éxito rotundo, al menos en el mundo de los historiadores y, sobre todo, de los arqueólogos. En líneas generales, podemos decir que no fue así. Es cierto que el primer tomo es citado en algunas obras de Prehistoria, pero habrá que reconocer que éstas son más bien escasas. Pongamos como ejemplo el libro de J. Cabré, *El Arte Rupestre en España*, prologado por el Marqués de Cerralbo, que cita la obra de MP en tres notas bibliográficas de pie de página y un par de veces en el texto, una de las cuales enumera a MP entre otros prehistoriadores

y concretamente al lado de Obermaier.⁶ Por supuesto, también le cita y muy elogiosamente en el extenso prólogo el Marqués de Cerralbo, que, como hemos visto, mantenía amistad con Don Marcelino.

Otro autor, también amigo del Maestro, Don José Ramón Mélida, que le escribía cartas mientras dirigía las excavaciones de Numancia (XXI, 90), en su obra tenida ya por clásica *Arqueología Española* cita en la bibliografía *Los Heterodoxos*, añadiendo un sobrio pero a la vez expresivo comentario: «Contiene un resumen sabio de los descubrimientos».⁷ Hoyos Sáinz en la parte escrita por él del primer tomo de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, hace también referencia elogiosa en el texto y cita en la nota la obra de MP.⁸ En otro tomo de esta misma monumental Historia se refiere a él M. Torres al hablar de las religiones de la España romana.⁹ Citemos finalmente a J. Carballo en su *Descubrimiento de la Cueva y pinturas de Altamira*, que incluye esta edición de *Los Heterodoxos* en su bibliografía.¹⁰

No pretendemos agotar con esta relación todas las referencias que en el mundo de la investigación prehistórica y protohistórica se han hecho a la obra de MP. Sin duda ha de haber alguna más que haya pasado inadvertida a nuestra atención. No se trata, pues, de una recopilación exhaustiva, y, en todo caso, estamos hablando de las obras más conocidas. Pero el

⁶ J. Cabré Aguiló. *El Arte Rupestre en España*, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, n.º 1, Madrid 1915, pp. 2n, 99, 99n y 122.

⁷ J. R. Mélida. *Arqueología Española*, Editorial Labor, Barcelona 1929 (Después se han hecho varias otras ediciones).

⁸ L. Hoyos Sainz. «Antropología Prehistórica Española», en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, tomo I, Espasa Calpe, Madrid 1947 (2.^a ed., 1954), pp. 95-241.

⁹ M. Torres. «La Península Hispánica, Provincia Romana», en *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, tomo II, Espasa Calpe, 2.^a ed., Madrid 1955, pp. 285-519.

¹⁰ J. Carballo. *Descubrimiento de la cueva y pinturas de Altamira por D. Marcelino S. de Sautuola*, Patronato de las Cuevas Prehistóricas, Santander 1950.

hecho indudable es que en la mayoría de los libros de Prehistoria, incluidas naturalmente las obras generales, que es donde más cabida habría de tener la cita, no se hace referencia alguna a un libro tan importante como el de MP. Por señalar algún ejemplo significativo y en este caso sin citar a los autores, con quienes me ha unido la amistad, podemos referirnos a dos obras muy conocidas, por otra parte de gran valor científico, sobre temas directamente relacionados con lo tratado por MP: El estudio de las fuentes greco-romanas sobre la Península Ibérica, y las Religiones de la España Primitiva. El primer libro a que me refiero fue publicado en su primera edición en 1953 y el segundo en 1977. En la extensísima bibliografía que ambos manejan no se cita la obra de MP.

El fenómeno, que se repite con insistencia machacona y que sería ingenuo achacar simplemente a una generalizada mala voluntad, debe tener alguna ulterior explicación, en la que nosotros ahora queremos incidir.

Es posible que, dado el carácter de la obra general «Historia de los Heterodoxos» y al margen del tratamiento ejemplar que MP da en este primer tomo a los planteamientos puramente científicos, algunos arqueólogos se hayan visto condicionados por el inevitable matiz confesional que acompaña a una obra de este tipo, y hayan preferido quedar al margen por convencimiento o por prudencia, prescindiendo de hacer referencias a ella. A este respecto y como ilustración no podemos menos de recordar una anécdota personal. Hace muchos años, siendo yo estudiante y hallándome en conversación con un arqueólogo de mucha fama a quien pedía orientación, éste me dijo: «¿No conoce Vd. el primer tomo de los Heterodoxos de Menéndez Pelayo? Pues no deje de consultarlo, porque allí lo tiene Vd. todo». Para mí resultaba una novedad y ciertamente ello constituyó el primer impulso para acercarme a la obra de MP. Pero cuál no sería mi asombro cuando después pude comprobar que dicho arqueólogo, que en privado recomendaba a MP y del que claramente se había servido en su obra fundamental, omitía cuidadosamente en ésta la cita de los Heterodoxos.

Sin embargo, no creemos que estas explicaciones puedan dar cuenta cabal y adecuada del fenómeno de «olvido» que venimos estudiando. Sin duda deben existir otras razones de carácter más objetivo. Pensamos que una de ellas fue el hecho de que la noticia inmediata de la muerte del Maestro eclipsó la de la aparición del primer tomo de sus Obras Completas. De hecho en las revistas de 1912, el lugar que sin duda hubiera ocupado la crítica bibliográfica de la nueva versión fue sustituido por amplias notas necrológicas, como puede verse, por ejemplo, en la Revista de Archivos y Bibliotecas que dedica un número especial al acontecimiento necrológico, mientras que la referencia al nuevo libro sale en una simple relación bibliográfica sin más comentarios.¹¹ A su vez, el Boletín de la Academia de la Historia, que también dedica un número especial como homenaje póstumo al Maestro, hace sólo una breve reseña de la aparición de la obra.¹²

Por otra parte, como bien es sabido, resulta fatal para el destino de cualquier libro el hecho de que forme parte de una colección que no haya tenido continuidad. Esto es lo que sucedió con el primer tomo de los Heterodoxos. Al quedar aislado, sin estar arropado por los siguientes volúmenes de la obra, ha permanecido un poco en suspenso, pasando hasta cierto punto inadvertido. Bien es cierto que Bonilla San Martín, que, como hemos visto, era el colaborador material de MP en la edición, publicó después en la misma editorial de Victoriano Suárez los volúmenes II y III en los años 1917 y 1918. En ellos introduce algunas de las notas y correcciones que tenía anotadas MP antes de su muerte. Pero sabemos que cuando ésta le sobrevino no había tenido tiempo aún de meterse de lleno en la reelaboración de estos tomos, por lo que siguen siendo la versión primitiva apenas retocada, incluso con muchas menos notas de las que, según el propio MP, tenía manuscritas sobre unos ejemplares viejos, lo que se debe al fatal hecho de haberse extraviado la mayoría de ellas, según explica su editor (*EN*,

¹¹ *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 27 (1912): 534.

¹² *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 60 (1912): 276.

XXXV, x-xi). De los nuevos tomos, I y II, se volvieron a hacer otras reimpressiones en los años 1933 y 1944 respectivamente. Los tomos IV, V y VI fueron publicados, por la editorial, los dos primeros en 1928 y el último en 1930.

Por otra parte, Bonilla San Martín cometió lo que a nuestro juicio resulta una grave equivocación, al volver a imprimir en el tomo segundo aquellas páginas de los «Preliminares» de la primera edición, desechadas por MP y que ahora habían sido sustituidas por los «Prolegómenos» convertidos en el Tomo I. Lo explica en una nota a pie de página, donde se disculpa diciendo que las imprime en letras de menor cuerpo, pero las publica «con objeto de que el lector no carezca de aquellas páginas (aunque hayan sido sustituidas tan ventajosamente)».¹³

En la Edición Nacional de las Obras de Menéndez Pelayo se da un paso más que agrava la situación. La nota se suprime y los Prolegómenos, en lugar de ocupar el puesto que les había asignado su autor, es decir, constituyendo un solo volumen y sustituyendo a los antiguos «Preliminares», fueron incomprensiblemente relegados al último de los apéndices en el tomo VIII. Así, el lector no advertido puede pasar por alto la nueva versión, encontrándose en su lugar tan sólo con las viejas páginas, de las que, como hemos visto, el propio Menéndez Pelayo renegó por considerarlas incluso anticuadas para la misma época en que fueron escritas.

Pero iba a darse el tercer paso. Sumida en tan oscuro lugar la ya de por sí un tanto olvidada obra que comentamos, ha consumado definitivamente su extravío, al reeditar la editorial B.A.C. (Biblioteca de Autores Cristianos) la «Historia de los Heterodoxos Españoles», de la que ha hecho al menos cuatro ediciones. En ellas únicamente se reproducen los «Preliminares» de 1880, prescindiendo de lo demás.¹⁴ Nada hubiera podido molestar más a MP que ver injustamente despreciada su últi-

¹³ *HHE*, ed. preparada por Bonilla San Martín, II, Madrid: Victoriano Suárez, 1917, p. 7.

¹⁴ *HHE*, Biblioteca de Autores Cristianos, núms. 150-151, 4.^a ed., Madrid, 1986 (La primera edición de la B.A.C. fue de 1956).

ma obra, la que, siendo fruto de su madurez intelectual, le había costado mayores esfuerzos y posiblemente había influido en despojarle definitivamente de su ya quebrantada salud.

4.—PRELUDIO DE LO QUE PUDO SER Y NO FUE

A la vista de cuanto hemos contemplado y comentado, surge una conclusión difícilmente soslayable. A cualquiera se le ocurre pensar, y creo que está moralmente autorizado a ello, que la nueva versión de toda la Historia de los Heterodoxos, en la intención de MP y si la muerte no segara el proyecto, hubiera sido algo muy distinto de los «Heterodoxos» con que ahora contamos.

No es nuestra intención extendernos en este asunto que, por otra parte, se sale propiamente de nuestro tema y presenta muchas implicaciones fuera del campo de nuestros estudios. Pero es inevitable el apuntarlo aquí, aunque sea de forma somera.

La nueva edición del primer tomo de la *HHE* con un cambio radical de planteamiento supone que MP estaba dispuesto a todo, es decir, a modificar y ampliar la polémica obra de su juventud para convertirla en un libro ponderado de madurez.

En primer lugar, dado el espíritu de autocrítica que había desarrollado Don Marcelino, su conciencia de historiador le obligaba a corregir sin piedad sus propias afirmaciones, juicios y puntos de vista, cuando éstos no le parecían ya objetivos, de acuerdo con su perspectiva actual. A este respecto, nada más significativo que unas frases suyas precisamente en este tomo I, a propósito de los temas prehistóricos tratados en la primera edición: «Con la petulancia de los pocos años —dice—, pero con una brevedad de que ahora me felicito, porque me obliga a borrar menos, hablé en mi primera edición de los *turanios*, que estaban entonces de moda..., atribuí a nuestros celtas un panteísmo naturalista..., confundí más de una vez las antigüedades prehistóricas con las celtas... Y aun puedo dar gracias a Dios porque la saludable desconfianza que me ha inspirado

siempre el diletantismo filológico, me librase de caer en mayores yerros, de que no se libraron otros más doctos que yo» (EN, XLII, 427).

Hay que pensar lógicamente que este mismo espíritu lo habría aplicado al resto de su obra y así hubiera sido mucho lo retocado y matizado en ella. El principio de autocrítica y corrección de los propios errores o inexactitudes como talante del buen historiador aparece expresamente proclamado por MP con este motivo: «La historia no se escribe para gente frívola y casquivana, y el primer deber de todo historiador honrado es ahondar en la investigación cuanto pueda, no desdenar ningún documento y corregirse a sí mismo cuantas veces sea menester... Nadie es responsable de las equivocaciones involuntarias; pero no merece nombre de escritor formal quien deja subsistir a sabiendas un yerro, por leve que parezca» (EN, XXXV, 2).

Habría habido, pues, muchas reformas en la nueva edición completa de los Heterodoxos. Ello cabe deducirse igualmente del propio pensamiento de MP y del proceso de su maduración y evolución intelectual. En este sentido se ha escrito ya bastante, tratando de profundizar en su condición «liberal», por paradójico que parezca. Así, entre los intelectuales de hoy en día prevalecen ya las ideas al respecto de Laín Entralgo, contenidas en su famoso libro sobre Menéndez Pelayo.¹⁵

Pero esta sensación de que MP no era todo lo que aparentaba o cabría deducir de sus primeras obras de juventud, era ya una especie ampliamente difundida en vida del autor. Más aún, algunos de los llamados «incondicionales» del Maestro temían la nueva edición de los Heterodoxos, porque pensaban que con ella se iban a cambiar muchas cosas. Esto no es una simple sospecha, sino algo que puede comprobarse leyendo ciertas cartas que aquellos dirigían al Maestro. Así, por ejemplo, Eduardo Durán escribía a Don Marcelino el 13 de

¹⁵ P. Laín Entralgo, *Menéndez Pelayo*, Madrid: Espasa Calpe, Colec. Austral, 1952.

julio de 1910 preocupado porque en algunos ambientes de Barcelona se había generalizado la idea de que MP no quería publicar la segunda edición, «porque tendría que modificar sustancialmente juicios sobre personajes de la época contemporánea». El Sr. Durán ruega al Maestro que le conteste sacándole de dudas (XXI, 66-67).

En fin, que MP iba a presentar una nueva edición de los *Heterodoxos* muy corregida no es sólo una justificable deducción de estas y otras consideraciones, sino un propósito firmemente manifestado por el propio autor en las llamadas «Advertencias preliminares», que fechadas en 1910, constituyen un gran prólogo de la nueva edición. De ellas son las frases que copiamos a continuación: «Si sólo a mi interés pecuniario hubiese atendido, hace mucho tiempo estarían reimpresos los *Heterodoxos*; pero no pude determinarme a ello, sin someterlos a escrupulosa revisión, que iba haciéndose más difícil conforme pasaban los años y se acumulaban diariamente en mi biblioteca nuevos documentos de todo género que hacían precisa la refundición de capítulos enteros. Los dos ejemplares de mi uso vinieron a quedar materialmente anegados en un piélago de notas y enmiendas». Más adelante llega incluso a decir respecto a la primera edición: «Hoy reconozco en aquella obra muchos defectos nacidos de mi corto saber y de la ligereza juvenil con que me arrojé a un empeño muy superior a mis fuerzas». E insiste después en lo que va a ser la presente edición: «Si en el plan no he innovado nada sustancial, no puedo decir lo mismo en cuanto al desarrollo; pues apenas se hallará página que no lleve algunas variantes, y son innumerables las que han sido completamente refundidas o vueltas a escribir. Introduzco capítulos de todo punto nuevos y en casi todos los de la edición anterior añado párrafos y secciones que no existían o estaban muy poco desarrollados, y aumento sin compasión, el número de notas y apéndices». Más adelante añade: «He retocado ligeramente el estilo, borrando muchos rasgos que hoy me parecen de mal gusto y de candidez infantil». Y llega incluso a decir refiriéndose a las personas de su época sobre las que emitió entonces juicios

con «excesiva acrimonia e intemperancia de expresión», que «de casi todos pienso lo mismo que pensaba entonces; pero, si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podría esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra» (*EN*, XXXV, 36-37).

¿Cabe mayor autocritica y propósito de la enmienda? La forma concreta de llevarlo a cabo en esta edición, incluso con los atenuantes y respeto a veces al texto primitivo, trata de explicarlo el autor en otros párrafos de este extensísimo y no menos interesante prólogo, cuya lectura íntegra no puede convalidarse por las simples notas que aquí apuntamos.

Quizá, «lo que hubieran sido y no fueron» todos los tomos de la nueva edición de los *Heterodoxos*, no supusiera un cambio tan radical como de hecho comprobamos en el primer tomo dedicado al mundo de la Prehistoria. Pero no cabe duda de que —pese a ciertas matizaciones modestas por parte del autor— la obra completa hubiera resultado en su conjunto muy distinta, y con ella también habría cambiado en parte el concepto que mucha gente posee hoy acerca de Menéndez Pelayo y sus ideas.

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY
Instituto para Investigaciones Prehistóricas
Santander/Chicago